

tes. Nadie conoce las meditaciones que le ocuparon, pero la gente de servicio refería que el general no hizo durante casi toda la noche sino pasear por el patio, y que a la madrugada, después de un brevísimo descanso, reanudó aquel desahogo de su pesar.

Mientras los facciosos de una parte de la República mataban a Sucre en la selva de Berruecos, los separatistas de Venezuela dictaban una ley de proscripción contra Bolívar. Estas dos infamias indignaron a los amigos del nuevo Lear. No podían permitirle que se expatriase. Habían aprobado su determinación cuando la tomó libremente, cuando podía llevar al extranjero un decreto que le honraba como benefactor de su patria y que le concedía una pensión decorosa; pero era la mayor de las vergüenzas que se le dejase salir de Colombia como un criminal fugitivo y sin otros medios de vida que los de la caridad.

Entonces fue cuando Bolívar decidió quedarse. Por honor de Colombia, y aun por el de la misma tierra venezolana, no abandonaría el continente.

"Además—dijo—me siento morir. Mi plazo se cumple. Dios me llama. Tengo que prepararme a darle cuenta, y una cuenta terrible, como ha sido terrible la agitación de mi vida. Quiero exhalar el último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de los sacerdotes cristianos de mi país, y con el crucifijo en las manos".

Todavía repitió:

"No me iré".

Estas últimas palabras eran las del capitán que quiere hundirse con su barco.

La muerte de Sucre daba, en efecto, la señal del naufragio irremisible. Se le mataba como continuador de la obra de Bolívar. No pudo rendírsele homenaje más demostrativo, pero a la vez no cabía prueba más palmaria de que la República se iba desintegrando fatalmente. Cuando empezó a discutirse la cuestión de las responsabilidades por la maquinación tenebrosa, quedó patente que no uno sino todos los caciques ganaban con la desaparición de Sucre. Páez, Santander, Obando y Flores aseguraban el disfrute de las afirmaciones localistas.

Sucre no era el único heredero del secreto de la reorganización, pues todos los países de la Gran Colombia se habían mostrado ricos en cerebros privilegiados. Pero sólo Sucre tenía la fuerza del imperio, con lo que no debe entenderse la capacidad para el ejercicio de un mando caudillesco, sino esa otra forma de la autoridad, tanto más activa cuanto menos la exteriorizan los rigores del sable.

En horas de sinceridad, ante una conciencia exigente, Bolívar pudo darse cuenta de que la revolución era un crimen si no se consumaba con una obra de restauración de las instituciones destruidas. Este aspecto de la acción de Bolívar empezó cuando el gobernante estaba ya más para la expatriación o el cementerio que para el ejercicio del poder público. Aun así, lo que hizo fue una tentativa demasiado interesante, por más que haya merecido poca atención, desde que viene de la propensión de los pueblos a no ver en las revoluciones sino la parte de audacia negativa y del estudiado silencio de los admiradores temerosos de la revelación

de un Bolívar francamente antijacobino.

Tal vez Bolívar y Sucre no tuvieron las mismas ideas. Bolívar pensaba que el primer día de la Federación sería el último de Colombia; Sucre encontraba peligrosa una centralización excesiva. Pero seguramente uno y otro coincidían en el terror de las exaltaciones cacicales, sin decoro y sin objeto. Los dos estaban prontos para cerrar la brecha anárquica. Esta actitud es tanto más digna de consideración cuanto que, como queda dicho, no los unía la cadena de la imitación del superior por el inferior. Los dos hombres eran cimas independientes, ligadas entre sí porque formaban parte de la misma

cordillera. Los dos heredaron una tradición. Los dos representaban en su valor más puro las virtudes magníficas de una casta selecta.

Con esto no quiero decir que juntos o separados hubieran podido lograr la perduración de aquella Gran Colombia, que el propio Bolívar condenó como una quimera. Pero ambos traducían la tendencia coordinadora del esfuerzo para la restauración del orden interno en cada una de las nuevas patrias. Eran ilógicos. Por eso la revolución, siguiendo su inevitable trayectoria, entregó el cadáver sangriento del uno para que fuese la visión lúgubre del otro en su lecho de muerte.

Carlos Pereyra

Dos apólogos

= De La Vida Literaria. Buenos Aires. =

El ermitaño

Era Joaquín un mancebo de cuerpo de gloria a quien una joven que temblaba por él como una llama, lo maldijo al ver su incorruptible desdén: Alguna vez, para venganza mía y del amor se verá castigada tu dureza.

Joaquín fue eremita en la montaña. Ardiente vigía de sí mismo, guerreó contra todos los demonios, y sobre todo, para qué decirlo, contra el testarudo, el que se ceba más enconadamente en nuestro cuerpo.

Llegó a nutrirse no más que de frutas inocentes y de raíces amargas, y eso ya ahito de ayunos. Una espinosa vara de rosas fue cordel de sus riñones. En su asco, lo sensual hubo de turbarse con la desnudez del alba y ruborizarse del olor de ciertas flores. Y así la gracia descendió sobre su mollera. Como la lira órfica su santidad empezó a atraer a las bestias silvestres, las más feroces y las más ariscas. En sus barbas vinieron a florecer las lianas, en sus manos a dejar sus huevos los pájaros del cielo.

Así fue. Hasta que un día amaneció

maldito y todas huyeron dejándole en soledad de escarnio.

Una gacela de ojos de virgen fue el instrumento del sobornador.

Otra vez ante los jueces

Cuando Oscar Wilde se presentó a dar cuenta de los actos de su vida estuvo a punto de salvarse.

Sus parábolas antievangélicas, contra lo que pudiera esperarse, hallaron gracia a los ojos del Señor. Más que con indulgencia las miró con simpatía. Respiraban un tan puro espíritu antifariseo! Dante, asesor consultado siempre que de poetas se tratara, le fue también propicio.

El neoparabolista comprendió que estaba en verdad ante gente menos espesa que los jueces de Inglaterra.

Sin embargo fue condenado.

El pecado que en la balanza pesó más que los otros juntos, pareció a Dante poco "gentile" e hizo vacilar la heroica clemencia del Puro.

Pero no fue ésa, no, la perdición del reo. Era que el triste no había sentido nunca, de veras, ni en carne ni en espíritu, la tentación de la mujer.

Luis Franco

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA
SAN JOSÉ — COSTA RICA